

ENANA BLANCA

白矮星

DANIEL GUEBEL

丹尼爾蓋貝爾

OBLOSHKA

1



Alta en el cielo, una enana blanca.

Desde que Manderup Parsberg le cercenó la nariz durante una discusión sobre mujeres y matemáticas, Tycho Brahe (Tyge Ottesen Brahe, en danés moderno se pronuncia [ˈtʰyːə ˈʌðəsn̩, ˈb̥ʁɑː]) usa el olfato para medir su resplandor. Los enemigos del astrónomo danés dicen que observa el firmamento a través de esas ventanas y que los agujeros que disimula con tapanarices de oro representan la divina proporción vaginal. Que semejante perspectiva se abriera gracias al filo de una espada sugiere la intervención de algo más alevoso que el azar, tal vez de un Dios dueño de un aberrante sentido estético o de un dudoso sentido del humor. Así anda el Universo, entre el misterio y las luces. En un grabado que Camille Flammarion realizó tres centurias después de la aparición, a Tycho se lo descubre gordito y bien vestido (seda, terciopelo y

plumas), sacando pecho y con la mirada perdida en los confines, rodeado de contemporáneos aterrorizados que apuntan con los dedos en dirección a esa cosa que fulgura en medio de la constelación de Casiopea y que siglos más tarde será bautizada como SN 1572. Las dos consonantes mayúsculas comprimen la palabra “supernova”; los números indican la fecha de su aparición. Pero los astrónomos chinos y coreanos ya la habían visto un par de siglos antes.

Al principio fue apenas un puntito luminoso en medio de la parpadeante quietud de los astros. Podía ser un efecto de refracción indeseado, el brillo sobre una gota minúscula corrida de la humedad de los lacrimales. Pero duraba. Cierta noche, en las afueras de 北京 (Beijing), luego de departir con su amada, la bellísima 美濃 (Mei Nung), el insigne 蔣葵炒麵 (Chiang Kwai Feing), astrónomo de segunda categoría del Sello Real, salió a la galería abierta de su residencia de verano y observó que aquel resplandor pequeño y persistente había agregado una especie de hervor en la zona de engrosamiento. Nunca antes, en sus parcelaciones del cielo, había contemplado un fenómeno igual. Parecía como si el dios dragón, hundido en la oscuridad de los tiempos, hubiese abierto las fauces para tragarse al cosmos. Solo que, debido a su

tamaño, el fuego recién comenzaba a brotar. En las doctas sentencias de Confucio se menciona la bola ardiente que acabará con todo, así que, en pleno acuerdo con el orden de las cosas, Chiang Kwai Feing decidió componer un poema para meditar acerca del fin:

“Prendo”, pensó. “Prendo una tenue vela”. De la cámara interior iba llegando el susurro deslizante de la túnica de Mei Nung. “Una tenue vela prendo para” “para que la tenue realidad de las cosas me confiera la prueba de” “si lo que brilla nace y crece cual bambú” “es la primavera de” “un mono en una jaula también sueña con ser un dios, hasta que el filo de la espada corta la tapa de sus sesos y la brasa los fríe” “es el acabose donde todo sueño es realidad del sueño que despierto vela el Emperador” “¿Nace una estrella y...y...y a mi...?”.

Indeciso entre atender y componer, entre elevar la vista o agotarse en el deleite de la piel opaca —“ven, ven, mi osito pudu pudu”—, Chiang Kwai sintió el calor del punto medio y el frío en el pecho, y con una mano se arrebujó el quimono y con la otra se perdió en la exaltación del momento, en la quemazón de su propio foco. Descorrió la mampara de mimbre y pensó por un momento en precipitarse a su mesa de trabajo y escribir, pero lo descubierto se imponía en toda su dimensión y

entonces, mientras bizqueaba —un ojo rasgado volaba hacia la esplénfera blancopálida, el otro a esos dos montículos simétricos que palpitaban esperando su acometida—, ordenó mentalmente el poema, lo escribió y luego corrió a ponérsela a Mei Nung.

En el momento de los arrullos al cisne de la carne, Mei Nung notó a su Chiang Kwai igual de ineficaz pero más extraviado que de costumbre (¿qué le pasaría al gordo?). Una vez retirada a sus aposentos, y en su secreto carácter de espía del eunuco de mayor jerarquía de la corte, el temible 鞏俐 (Gong Li), le envió un mensaje en el que informaba acerca de este detalle. Gong Li (que lo controlaba todo) le ordenó que averiguara la causa y Mei Nung puso manos a la obra. Escarbó hasta en el último rincón del palacio de verano del astrónomo; buscaba hierbas estimulantes o disuasivas, pruebas de la atención que Chiang Kwai brindaría a otra mujer... A cambio de eso, encontró el poema. Obediente, lo copió y se lo remitió a Gong Li.

Y esto fue lo que Gong Li leyó:

我打開。昏暗的燈光下一支蠟燭
我點燃的微弱的蠟燭

真誠的朋友

昏暗的現實的東西拖我，我輸了，狠

給我證明自己的存在

閃耀你的明星瘋狂，一切都在你的路徑是崇高的！

如果閃爍的出生和成長竹

一隻猴子在籠子裡的夢想是上帝

所有的現實就是夢想的皇帝

他照我的地方變暗，這是更好的

來吧，我的玩具普渡普渡銀河系！

我的大腦煥發出新的短蓋

加熱結束就倒在我

這是夏天，天空燒傷

新星的誕生，我要死了。

(Prendo. Prendo una tenue vela

una tenue vela prendo

para el amigo sincero

Que la escueta realidad de las cosas me arrastre y me pierda,

dándome la prueba despiadada de su existir

¡Enciéndete tú, estrella loca, y que todo a tu paso se enaltezca!

Si lo que brilla nace y crece cual bambú

Un mono en una jaula sueña con ser Dios

Toda realidad es el sueño del Amo Celeste
donde él luce yo oscurezco
¡Ven, mi osito pudu pudu galáctico!
El resplandor corta la tapa de mis sesos
el calor del fin se derrama sobre mí
Es verano y el cielo arde
Nace una estrella y muero yo).

Las uñas largas retorcidas escultóricas del castrado temblaron sobre el papel de arroz tramando las líneas de sentido. ¿Un astrónomo redactando un poema? ¡Pero por favor! Quien puede lo grande no goza de lo chico; quien cuenta las estrellas que titilan en el firmamento no se contenta con medir las rimas de esas opacas negras muertas patitas de cangrejo. Y si lo hace, si por una perversión inexplicable disfruta también de ese juego, no se limita a distribuir de manera irregular sus elementos, agrupándolos como si ignorara toda la tradición literaria del Imperio.

Gong Li se tomó cinco minutos, se tomó un té mientras consideraba la disposición de esa caligrafía sobre el espacio. El desorden era abrumador. A un observador menos perspicaz, aquello le habría parecido el modo más evidente de fingir que se encubría algo cuando en

realidad se lo exhibía como fácil de revelar. Una trampa para incautos y novatos: el aparente descuido de las formas constituía la primera medida del astrónomo para proteger su contenido.

Con un suspiro gaseoso, mezcla de expectativa y angustia, el eunuco volvió a repasar el poema a vuelo de pájaro. Quedaba claro que Chiang Kwai no se había inspirado, como hubiese sido apropiado para un debutante, en la forma clásica del Shijing. Eran versos de pie quebrado, inconexos y emocionalmente confusos. La triple reiteración que se observaba en los dos primeros –我打開。昏暗的燈光下一支蠟燭/我點燃的微弱的蠟燭(Prendo. Prendo una tenue vela/una tenue vela prendo) parecía un juego métrico tomado de la antigua escuela de la poesía oral, que arma su telaraña en las ondulaciones geométricas del ritmo. Pero el recurso no volvía a aparecer en los trece versos restantes, por lo que era difícil de creer que su autor lo hubiese puesto de relleno mientras se le ocurría cómo seguir, o mejor dicho empezar; de haber sido así, la reiteración habría sido eliminada luego de que el poema alcanzara la totalidad de su extensión y de su forma. Tal como estaba, esa chocante irregularidad sintáctica, métrica y semántica resaltaba sobre el resto. Ahora bien... Entrando

de lleno en el asunto... Deteniéndose a estudiarlo con todo rigor...

我轉. Prendo.

Gong Li sabía que en otras lenguas la acción de prender indica “encendido” y también “captura”. Ejemplo: Encender la pipa de opio/Capturar al enemigo. En su carácter de jefe de los servicios de inteligencia del Imperio, él no podía desentenderse de las posibles implicancias. Y el contexto en que se situaba esa sospechosa reiteración parecía hervir de alusiones. ¿A qué podía referirse Chiang Kwai Feing con lo de “tenue vela” sino a la luz declinante de la vida del añoso Emperador, el divino 隆慶 (Longqing)? Como bien decía 老子 (Lao Tse): “El poema no se compone para la ejecución, sino en la ejecución”. Sometido a su escrutinio, ahora la torpeza aparente del inicio de esta pieza poseía un sentido avieso:

“Prendo —entendió el eunuco— es la palabra clave de una gran conspiración para capturar, derrocar y tal vez asesinar a Longqing”.

Una vez deducido esto, el resto se aclaraba solo. “El amigo sincero” del tercer verso no podía ser otro que el alma de la conspiración, de seguro el díscolo príncipe 韓非子 (Han Fei Zi), amo de las colinas del norte y dueño de los medios para “ejecutar el poema” de su propia

llegada al poder; el cuarto y el quinto resultaban una muestra de la desvergonzada esperanza del cretino de Chiang Kwai Feing de ser tenido en cuenta por Han Fei Zi, exagerando su lealtad hasta el extremo innoble de, a la vez, exigir y someterse a “la prueba despiadada de su existir”; el sexto era indisimulable: la aparecida “estrella” exaltaba las potencias del conspirador que “nace y crece cual bambú”. Saltando algunos versos inocuos —la basura verbal que enloquece a los criptógrafos con la apariencia de la revelación a punto de producirse—, ¿a qué se referiría el llamado del verso diez (“¡Ven, mi osito pudu pudu galáctico!”)? En sus vagas oscilaciones metafísicas, la tríada anterior parecía anunciar algo a una escala inconmensurable, ¿sería una conspiración al cuadrado, la que cambia todo para dejarlo todo igual, pero patas para arriba? Y si se lo leía en cuarteto, la aparición de dos animales legendarios, mono y oso... ¿qué? Además, el quinto término del doceavo verso, ¿era 新 (“nueva”) o 雪 (“nieve”)? La segunda opción al menos permitía adjudicar cierta lógica al conjunto (“el resplandor de la nieve corta la tapa de mis sesos”)? Era posible, pensable, un error de transcripción. Incluso más, la comisión de una serie de errores de copiado a cargo de la estúpida de Mei Nung. Desesperante... ¡Que la suerte y

duración del Imperio dependiera de esa manga de inútiles, semianalfabetos y meretrices que formaba su ejército de espías...! ¿Cómo podía alguien estar seguro de la calidad de una información? ¿Cómo podía él, en esas circunstancias, ofrecer datos fiables a su amo?

No obstante, decidió mostrar lo obtenido al Emperador Longqing.

Ajeno a esas elucubraciones y trámites, Chiang Kwai Feing pasaba sus días estudiando a la enana blanca. Alta en el cielo, con su brillo plateado, platinado, por aproximación y aumento constante de volumen oscurecía comparativamente el resto de las cosas, empobreciendo la pluralidad de lo existente; de allí que el astrónomo imaginara que su fulgor era un anuncio, una perla de fuego blanco que se apodera del Universo, una cosa que va creciendo y se revuelve y se infla hasta que la línea del dibujo (si los astros fueran planos) o la totalidad de su contorno no resiste y termina en la explosión final. Claro que para que esto sucediera hacía falta que llegara a ser incapaz de sostener su propio peso sobre la red del cielo y terminara colapsando sobre sí misma. En ese caso, la compresión produciría el caos y el material de la estrella terminaría disparándose en todas las direcciones. Dentro de la contención de su límite,

toda estrella permanece; superado ese límite, vencida la máxima masa posible en el interior de su fría estabilidad, se convierte en un agujero negro o en una estrella de neutrones que en el momento de su explosión fulgura como millones de estrellas.

Por suerte, la enana blanca era una supernova de tipo I, es decir, una estrella vieja que durante milenios había pasado inadvertida a ojos de la humanidad y que en algún momento estalló. Los motivos del estallido de esta o de cualquier otra estrella se deben siempre a dos razones que obran juntas o separadas: a) tras haberse apoderado de los gases de su par binaria, la estrella en cuestión se hincha parasitariamente hasta que termina explotando; b) al envejecer, la enana blanca agota la mayor parte de su combustible y ya no genera de manera sostenida las reacciones de fusión nuclear capaces de contrarrestar la gravedad dominante. Sin esta fuente, se ve impedida de luchar contra el colapso gravitatorio y se comprime al máximo de su masa, manteniéndose estable durante miles, millones de años. En algún momento, este sistema de compensaciones suplementarias falla y el gas no consumido deja de soportar el peso de aquello que la contiene. Como ya no hay energía que impulse su expansión y soporte su forma, la estrella se compacta y desaparece en

un punto negro concentradísimo (un homólogo a escala del Universo en el tiempo sin tiempo previo a su expansión), o el mismo proceso compresivo genera un plus de energía que vuelve a poner en marcha el proceso y la estrella termina estallando.

Sea por lo que fuere, la supernova en cuestión experimentó alguno o todos los procesos descritos. Debido a su distancia respecto del planeta Tierra, la explosión y sus consecuencias visibles se advirtieron 9488 años más tarde: se tomaba por realidad lo que no eran más que gases en flotación, llamas y polvo cósmico, ecos de luz que mostraban la huella de los átomos presentes en el momento de la explosión. En definitiva, Chiang Kwai creyó que los dioses estaban incendiando el cielo en su pelea y decidió escribir un nuevo poema que diera cuenta del fenómeno, pero por algún motivo no lo plasó en un rollo de papel de arroz: no siempre el arte se expresa a sí mismo. Sumido en el calor del verano, en la somnolienta anticipación del fin, el astrónomo sentía que ya nada valía la pena; ni siquiera los dulces arrullos de Mei Nung, que reclamaba por costumbre y por conveniencia y que luego, con fiel probidad rencorosa, comunicaba esas desatenciones a Gong Li. Desde luego, el eunuco dedujo que esta inacción aparente preludiaba

el momento en que se desataría la acción conspirativa de Han Fei Zi. ¿Hay hervor bajo la calma?

En ese momento de incertidumbre, Gong Li recibió una misiva del Emperador:

我的後詩蔣葵仔細分析親愛的太監，我的結論是，你的熱情向你展示了太多的感覺在那裡只發現了一個混亂的枚舉，但在一系列的精神狀態，往往會不難聞沉思和懷舊。如熊普渡普渡，如果不是單純的孩子氣，我發現一個親密的吸引力，但不知道這是否提到了一個男人或女人。十二節及其後的節目肯定暗示了精液酒的排放和父親的行為之間的某種聯繫。蔣葵懷孕了你的間諜嗎？我們會不會有明星間諜？什麼猴子是神誰的夢想和所有的現實是天堂般的愛情夢想的籠子裡，我聽起來像傳統學說的尊重重申，要求所有好的中國尋找理想的原型裡面，聖帝，在這種情況下我自己，也知道它永遠不會比我的靈魂，我的遐想鏡的污點了。但是，既然我不眨眼，世界就不會消失：它像我的嘆息一樣殘忍而不倦。現在，這是事實，任何行為，但是點微不足道的，它可能看起來，產生意想不到的結果，但它是值得的判決無視後果，所以在不久的將來太陽的兒子，月球授權您採取措施他們似乎很方便。

(Mi estimado eunuco: Luego de un detenido análisis del poema de Chiang Kwai, he llegado a la conclusión de que tu celo te ha mostrado un exceso de sentido donde solo encontramos una enumeración caótica pero no desagradable de una serie de estados espirituales que propenden a la contemplación y a la nostalgia. En lo del osito pudu pudu, si no mero infantilismo, creo detectar una apelación íntima, aunque no sé si con esta se alude a un hombre o a una mujer. Los versos doce y subsiguientes sin duda sugieren alguna clase de concatenación entre la emisión del licor seminal y el acto de la paternidad. ¿Habrá embarazado Chiang Kwai a tu espía? ¿Tendremos alguna vez espías estelares? Lo del mono en la jaula que sueña con ser dios y eso de que toda realidad es el sueño del amo celeste, me suena como una respetuosa reiteración de la doctrina tradicional, que obliga a todo buen chino a buscar en su interior al arquetipo ideal, el Divino Emperador, en este caso yo mismo, sabiendo también que nunca será más que una mancha en el espejo de mi alma, mi ensoñación. Pero como yo no parpadeo, el mundo no desaparece: sigue cruel e incansable como mi suspiro. Ahora bien, es cierto que cualquier acto, por nimio que parezca, produce resultados no previstos, pero es mérito del gobernante desentenderse de las consecuencias, por lo que en lo inmediato este Hijo

del Sol y de la Luna te autoriza a tomar las medidas que te parezcan convenientes.)

Y así fue que Gong Li acusó a Chiang Kwai de conspiración y mandó empalarlo y además, y por las dudas, ordenó que lo privaran de la vista (“ahora te encontrarás, traidor, con las luces oscuras de tu alma”). Atado a una cruz, el astrónomo recibió en la cara la aplicación de una lámina de hierro puesta al fuego. En segundos sus ojos se convirtieron en dos simétricas enanas blancas y estallaron, ya no disipándose en gases y remanente estelar, sino en materia blanduzca, blancuzca, asquerosa. Así se volvió uno con su arte observacional y con su descubrimiento más distinguido.

Según versiones esotéricas, Chiang Kwai Feing soportó estoicamente su tormento y fue liberado. Peregrinó ciego por los caminos y durante unos días subsistió dando lástima, hasta que los dioses se apiadaron de él y cayó en un pozo en cuyo fondo había una estaca que se hundió en su frente. De sus restos se encargaron los cerdos salvajes. Pero lo único en verdad cierto, lo que se sabe es que, previendo las inmediateces del futuro, la noche anterior a su detención había invitado a yacer a su concubina.

En la veranda. Lado a lado, recostados sobre almohadones.

—No sé si será la melancolía o un trastorno digestivo —dijo—, pero te miro y me pregunto qué será de vos cuando yo te falte. No hemos tenido hijos y dudo de que mis notaciones astronómicas me sobrevivan. De hecho, la ciencia es el heraldo de nuestra ruina. ¿Ves aquel resplandor, mi escarabajito de terciopelo? Imposible no verlo. Pues bien, hoy esa estrella es más grande que el resto y mañana o en un año brillará más que el sol y más pronto que tarde lo consumirá todo. Obligado por mis deberes para con el Emperador, asumí la responsabilidad de transmitirle mi descubrimiento por una vía indirecta: un poema. Así que en estos momentos Longqing estará afrontando una doble tarea: la primera, cargar sobre sus hombros solitarios la noticia del inminente fin del mundo; la segunda, proteger a nuestro pueblo de la difusión de ese conocimiento con el envío de esbirros instruidos para capturarme y silenciarme. Por supuesto, prudentemente incluirán tu nombre en la sentencia. ¿Qué se espera de una mujer sino el rumor y la indiscreción? Es por eso, mi bien, que esta será nuestra última noche juntos y voy a gastarla en un recitado.

Y le leyó su poema. Se lo leyó en voz baja y con dulce entonación, como susurro de cascada en la distancia, no fuera cosa que la concubina perdiera algún matiz o alusión íntima. Mientras escuchaba, Mei Nung se sintió reflejada en la belleza de las palabras que había inspirado. Chiang Kwai podía creer que esos versos hablaban de lo que él quería, pero aquel era un poema de amor, y ella, el objeto del poema y su destinataria. Ella, la única que contaba. Cada uno de esos versos, que en su momento Mei Nung tuviera por enigmáticos, y que había transcritto y enviado a Gong Li casi sin leerlos, le comunicaban ahora su verdad. Ella era la estrella y el brillo, la vela tenue, la prueba despiadada del existir, el resplandor de la niebla que enloquecía al amante, la nube y el osito de Chiang Kwai. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Qué error, todo era tan triste y absurdo... Pero nada le robaría la memoria de esa noche. Salvo la muerte, claro. Ella había sido el fantasma en la sombra, la traidora utilizada como señuelo en el juego de la política, cuando hubiera podido seguir siendo la única realidad del hombre que arrodillado entre sus piernas lamía y cantaba.

—Los amores de la China, son amores sin destino, camalote de esperanza, que se va llevando el río...

Y era eso, todo junto, y más. Ella había sido arrebatada y rescatada —ella, la que brillaba y nacía, la que a su paso lo enaltecía todo—, y él también lo haría, y ambos ascenderían hacia lo alto. Abierta al fuego de esa lengua, ahora lo vivido con aquel pequeño hombre alcanzaba su verdadero significado. El amor todo lo transfiguraba.

Esa noche, los cuerpos ya en calma, Chiang Kwai le habló de la enana blanca:

—Sé —dijo— que poco te importa de la naturaleza de una estrella, pero contarte de tales asuntos alivia el peso de mi alma.

Mei Nung sonrió y no dijo nada.

—En el origen, Dios creó el Universo para no asfixiarse de adoración por sí mismo. Lo creó fallido, no entero, y esparció sus partes en el cielo. Lo hizo mal a propósito, como cántaros rotos que no guardan agua, y lo dotó de conciencia suficiente para que cada una de esas partes tuviera nostalgia de la unidad originaria. Desde entonces los cántaros tratan de juntarse y chocan entre sí, y el brillo es la violencia de los intentos. De los malos encastres sale aquello que tomamos por estrellas: chispazos de luz en la explosión. Así, para que existiera algo que no fuese Él, Dios se retrajo, y al adentrarse en sí mismo dejó el vacío necesario para que lo restante se

llenara con el tiempo-espacio-materia de lo-que-no-es-Dios. Astrónomos y teólogos de la antigüedad tomaron la huida de Dios hacia su propio abismo como un proceso de construcción en que Él nos situaba en el centro y nos ofrecía su obra; esa fuga era un momento particular de su venida hacia nosotros. Pero como el encuentro no se produjo en lo inmediato, tuvieron que imaginar argumentos que explicaran la demora. Después de creer en tortugas y elefantes sosteniendo el techo de un Universo fijo, escucharon el ruido a fritura que emiten las galaxias en expansión y lo entendieron como el rumor del manto divino que acariciaba la nada y la volvía polvo cósmico, gases, llama y materia en su ida a la mayor lejanía, donde terminaría juntándose con nosotros. Pero luego vieron que solo se trataba de distancia y apartamiento: el abismo aumentaba las etapas de separación hasta que Dios se volvió irrepresentable. Recién ahora, con el advenimiento de la enana blanca, podemos entender la dimensión de nuestra desgracia: esa cosa que destella en el cielo es el signo de la ruptura de Dios con los hombres, la señal de su abandono. La catástrofe se ha vuelto el acontecimiento principal.

Mei Nung inclinó la cabeza y cayó su lágrima.

—Ahora bien, mi pequeña. Si Dios está fuera de su creación, ¿en qué región de sí se pierde, tanto para huir

de nosotros como del resto de lo creado? Notarás el contraste entre su luz autorretraída y el exceso de resplandor general. Se me ocurre que Él no encontró descanso en lo hecho; se me ocurre que ya no controla las consecuencias de su acto y que decidió hundirse de nuevo en sí mismo, absolutamente, para escapar al momento en que lo existente entre en conflagración. La enana blanca es el punto inicial de esa hecatombe, idéntica en su luz al punto negro en que Dios se esconde.

—Chiang Kwai... te traicioné —dijo Mei Nung.

—¿Puede el fuego de una obra aniquilar a su autor? —siguió el astrónomo—. ¿Es Dios invulnerable y eterno? ¿Teme el anuncio de su propio hundimiento y desaparición? ¿Quiere suprimirlo todo para empezar de nuevo o para terminar de una buena vez? De hecho, Él es la esencia misma de lo inacabado: lo sospechamos pero no lo vemos, y quizá se limite a ser una enunciación verbal.

—Mañana estaremos muertos y lo sabrás —dijo Mei Nung.

—No hay, chiquita, en este o en otro Universo, un lugar donde podamos encontrarnos y departir Él y yo —dijo Chiang Kwai—. El cielo es esa luz, pero el futuro se alza como un cortinado oscuro.

—La pregunta sería: si uno sale al éter y se encuentra con Dios, ¿de qué habla con él? —dijo Mei Nung.

—Hay otra pregunta que la precede. Si la enana blanca crece hasta consumir el Universo entero, ¿qué nos queda sino abrazarnos y sonreír? No es nuestro caso, porque seremos ejecutados dentro de pocas horas, pero ¿qué puede esperar el resto de nuestra especie? Después de la llamarada, ¿existirá acaso materia o alma que pueda postularse a una continuación ultraterrena y a la posibilidad de un diálogo con la divinidad?

—Veo en todo esto una finísima estrategia, una política inspirada, mi señor. Dios crea lo existente y se ausenta; su falta pone en evidencia que no existe el amparo, crea por lo tanto el fin y nuestro impulso por superarlo y ser —de una buena vez por todas— inmortales. En su inmensa previsión, Dios nos ha hecho para que lo sustituyamos. Así, tal vez, la enana blanca no sea la señal de su decadencia sino el aviso de su poder, suspendido en el firmamento como invitación y amenaza. Te preguntarás: ¿y todo eso para qué? Quizás Él mismo lo ignore. Quizá su voluntad esté subordinada al mandato estético, a las órdenes del gran espectáculo cósmico.

—Siempre supe que espiabas para Gong Li, mi amor. Denunciarme no fue error sino adecuación al propósito

de las cosas. Ansío conocer los tormentos que el castrado nos prepara.

—Tengo una curiosidad teórica. Si el Universo y la estrella blanca, que es su pústula y su emblema, proceden de una causa anterior... el desarrollo y la conclusión del proceso, ¿se revertirán en su causa? Aún más, ¿en algún momento dejaron de permanecer en esta? El apocalipsis, ¿será un día en la vida de Dios?

—Sí. Seguro que sí. Claro. Clarísimo. Salvo que el Universo sea un efecto desprendido de su causa. En cuyo caso, se abren posibilidades inimaginables...

—Podríamos entonces analizarlas, anticiparlas. Adelantarnos intelectualmente. Adivinar el diseño del plan divino. Estamos encerrados en el temor de nuestra condena y damos por hecho que todas las cosas existen siempre en dependencia jerárquica, de lo que se inferiría que Gong Li es a nosotros lo que la enana blanca es al esquema de la aniquilación. Pero si —como el mismo Dios— encontráramos un punto de fuga, una vía de escape espacio-temporal...

—Interesante, mi libélula. Pero estás dando por hecho que Dios es un ser inteligible...

—¡Por supuesto que lo es! Dios creó el Universo por una sola razón: que exista algo capaz de sentir, en su

ausencia, nostalgia de aquel que lo precedió, y reclame por su padre.

—Oh, mi amor, mi única y última, la mujer cuya mirada calmará mi angustia cuando yo sea descuartizado... si somos del padre, ¿cómo es que no nos reconocemos en él?